SALVADOR DIAZ MIRON.

A BYRON,

POR

SALVADOR DIAZ MIRON

Eras á un tiempo el ángel y el vestiglo;
el astro y el espectro en el cometa;
todo un siglo hecho hombre; todo un siglo
de befa y de pasión hecho poeta.

Te calumniabas con insigne dolo;
y, bello y tentador y altivo y fiero,
fuiste un Don Juan que se cantaba solo,
un Luzbel trovador y aventurero.

Trataste al mundo como el monstruo á Edipo;
pasmaste con enigmas la fé ciega;
te pusiste la máscara de un tipo,
como el actor en la tragedia griega.

Del fango impuro á tu soberbia frente
subió un vapor que oscureció tu juicio:
te dejaste arrastrar por la corriente,
y diste pompa y esplendor al vicio.

Y tu numen fué entonces un mal hado,
nutrido y lleno de impiedad sangrienta:
para cada fanal tuvo un nublado,
y para cada vela una tormenta!

Llegaste á las supremas ironías
como cediendo á impulsos espontáneos:
profanabas la tumba en tus orgías,
bebiendo el vino del placer en cráneos.

Tus lúgubres acentos repitieron
el grito aterrador, el grito mismo
que los bajeles de Tiberio oyeron
bajo una tempestad, sobre el abismo.

Sombra y desolación eran la suerte:
vino tu genio, codiciaba palmas,
y fué el corcel en que montó la Muerte
en ese Apocalipsis de las almas.

Trágico, taciturno, sobrehumano,
entre tanta ceniza y tanto escombro,
pasaste con tu cítara en la mano,
como un verdugo con su hierro al hombro!

Cual de una nube de borrasca y guerra,
y en medio de una convulsión, caíste:
pisaste ortigas al tocar la tierra,
y la cruzaste claudicando y triste.

Afán de emigración jamás extinto
te arrojó sin cesar sobre las naves:
errar de clima en clima es un instinto
en ciertos genios como en ciertas aves.

Las olas te atraían; y mostrabas
vivo placer á las riberas solas,
cuando—soberbio nadador—rasgabas
desnudo y ágil y tenaz las olas.

Igual al mar por tu doblez extraña,
reflejabas el cielo á que tendías;
y, audaz y atronador y hecho montaña,
te alzabas hasta él y lo escupías!

No envidiabas al piélago sus dones:
tú tenías también ímpetus, brumas,
trombas, brillos, honduras, explosiones,
monstruos, perlas, vorágines y espumas!

¿Fuiste un loco?.... Tal vez; pero esplendente?
El sentido común, razón menguada,
nunca ha sido ni artista, ni vidente,
ni paladín, ni redentor ..... ni nada!

¡Cuán grandes fueron tus postreros días!
¡Cuán excelsos tus últimos anhelos!
Eras Manfredo en el Jung-Frau: querías
caer; pero caer desde los cielos!

¿Por qué llevarte á la natal ribera?
¿Por qué robarte á Missolonghi? ¿Acaso
fué nunca tierra para tí extranjera
la tierra del Olimpo y del Parnaso?

La británica orilla en vano oprime
tu ilustre polvo con su arena recia:
Grecia guardó tu aparición sublime;
tu verdadero monumento es Grecia!

Duerme. Tu gloria crecerá entretanto
mientras palpite el corazón de un hombre.
Descanza en paz. Las ondas de Lepanto
enternamente cantarán tu nombre!

Y cuando la razón fría y adusta
dispare un dardo á tu azarosa vida,
la heróica sombra de tu muerte augusta
interpondrá su redentora egida.

CRITICA LITERARIA

"A BYRON" POR SALVADOR DIAZ MIRON

Yo tengo mis horas de mal humor, lectores amigos.—¿Quién no las tiene?—Y generalmente, de esas horas negras son responsables los poetas; tanto los grandes, como los pequeños: aquéllos por sus descuidos, éstos por su mal gusto. Aficionado como el que más á la lectura de esos rengloncitos cortos que llevan consonantes en las puntas, como dice Ricardo Palma, no cae entre mis manos un libro ó un periódico que contenga poesías, sin que yo me sumerja presuroso en las ondas de alejandrinos ó de endecasílabos, de quintillas ó de décimas. Los efectos de este baño son diferentes: á veces me fortalece, á veces me debilita; ora me pone de bellísimo humor, ora me enegrece el espíritu. Y es porque yo poseo, por mi desgracia ó mi fortuna, un sistema nervioso en extremo impresionable: un par de versos bien forjados vibran en

mi oído durante quince dias y van después á refugiarse en un lugar de mi memoria, que es algo así como el joyero de élla; pero también, en otro lugar, depósito de las cosas que me indignan, están guardados los ripios, los versos cojos, los sustantivos que llevan tras de sí veinticinco epítetos, las metáforas cursis y todas las demás plagas que, como asoladora langosta, talan las floridas faldas y la boscosa cima del Helicón.

Y bien, lectores, en una larga serie de artículos destinados á analizar las obras de todos los poetas mexicanos —cuando menos de aquéllos que merezcan el nombre de tales—pretendo mostraros, tanto las joyas que contenga el joyero aquel, como las fealdades del otro depósito, para que compartáis, ora mi satisfacción, ora mi cólera.

A tout seigneur tout honneur. Comenzaré por el príncipe de nuestros poetas, por Salvador Díaz Mirón; que, si otro escogiera, acusaríaseme, y con justicia, de ensañarme con los débiles. Todos los periódicos de la República, sin distinción de opiniones ni de partido, han reproducido la oda "AByron." Esa oda ha causado una conmoción profunda, lo mismo en Mérida que en Ures, de un rincón al otro de México. Cayó en el mundo de las letras como piedra en lago, y las ondas que produjo han llegado á todos los espíritus. Justo es que hable de élla antes que de ninguna otra composición poética.

Debo confesar que las valientes cuartetas de esa oda grabáronse de tal modo en mi memoria, que la noche en que la leí me fuí por esas calles de Dios recitándola en voz alta—lo que hacía reir ó echar á correr á los transeuntes, según juzgaban inofensiva ó peligrosa mi locura.—Mi impresionabilidad, de que antes hablé, hacíame ver por todas partes *muertes montadas en corceles.*

Porque la poesía de Díaz Mirón es verdaderamen-

te pictórica. Díaz Mirón no escribe, pinta; á veces con el pincel de Ribera, ya con la paleta de Géricault; pero siempre con los contrastes de luz de Rembrandt.

Alguien ha comparado á Diaz Mirón con Víctor Hugo. *Toute proportion gardée,* la comparación es justa. Díaz Mirón, si no se parece á Víctor Hugo en lo espontáneo, sí se le asemeja en lo metafórico; es decir, que aquél ha tomado de éste el procedimiento, el método para la *fabricación* de los versos. Pero precisamente, el defecto más saliente de Víctor Hugo, como poeta, es el abuso de las metáforas y antítesis. Sus versos mejores son aquéllos en que ha empleado con tacto y prudencia estas figuras. Así, cuando Víctor Hugo llama, en *Les Châtiments,* al porvenir, *el gendarme de Dios,* no emplea, sino que *comete* una metáfora. Tomar el procedimiento de Víctor Hugo para hacer versos, es fácil para ciertos espíritus que todo se lo asimilan. Dígalo, si no, el delicioso *pastiche* titulado *Los moscos,* que publicó Gutiérrez Nájera hace algún tiempo:

Hizo Dios al león, al tigre hosco
y á la hiena voraz: el diablo al mosco!

Y Arihmán, encarándose blasfemo
con el Creador Supremo,
murmuró estas palabras:—Tu obra admiro!

Tu creaste la garra, araña horrible,
el encorvado pico, el diente agudo,
el pulpo, mareando en lo invisible,
la hiena: boca; la culebra: nudo.

El rojo tigre: un Hércules de Angola;
el colmillo, el tentáculo, la uña;
ese Bismarck del tiburón: la cola,
y ese Dos de Diciembre: la pezuña!

Pero tu obra es la maldad *in folio;*
el elefante es casi un Capitolio.....
.....

¿No hacía así Víctor Hugo sus versos, cuando los hacía malos, por supuesto? Y sin embargo, con ese mismo procedimiento solía llegar á lo sublime. Pero nada hay tan difícil como imitar un procedimiento retórico, quedando siempre poeta original y de estro. Léanse, como prueba de ello, los *suspirillos germánicos* de los inumerables imitadores de Bécquer. ¡Qué amaneramiento, qué vaciedad! El poeta valenciano tenía sentimiento alemán y hacía versos propios; sus imitadores toman su procedimiento, pero no tienen ni su inspiración, ni su ternura. Son satélites de luna.

¿Díaz Mirón es satélite de Víctor Hugo? Nó; porque Diaz Mirón tiene talento, tiene inspiración; es poeta por sí mismo. Pero, lo repito, de Víctor Hugo ha tomado un procedimiento, y, para ser ingenuo, debo decir que eso constituye su principal, quizá su solo defecto. Sus ideas son casi siempre buenas, poéticas, levantadas; pero eso de querer encerrarlas siempre en una forma preconcebida, tiene sus inconvenientes, sus graves inconvenientes. Considerada así, la forma, la versificación, es un lecho de Procusto. Para que los pensamientos quepan en élla hay que mutilarlos, que cercenarles los miembros, y á veces la cabeza. La forma, así, deja de ser la manifestación plástica de la idea, se convierte en su estuche, estuche que la oculta, y, para verla, hay que perder algún tiempo en buscar la llave y aplicarla á la cerradura.

Veamos la Oda "A Byron." Comienza con una metáfora y una antítesis, ó mejor dicho, con una metáfora antitética:

> Eras á un tiempo el ángel y el vestiglo.

Y continúa:

> El astro y el espectro en el cometa.

El primer verso es bueno; pero el segundo deja mucho que desear: es ininteligible. ¿Comprenden vds. que un astro y un espectro sean Byron? Nó, ¿verdad? Pues á fuerza de pensar en ese endecasílabo, un amigo mío, émulo de Champollion y gran descifrador de geroglíficos, ha llegado á entenderlo, y me asegura que eso significa que Byron, que cruzó como un cometa por el cielo del arte, tuvo la brillantez de un astro y causó el pavor que causa un espectro. Mas preciso es convenir en que eso puede estar muy bien pensado, pero está dicho de una manera confusa.

Continuemos. La octava cuarteta dice:

> Sombra y desolación eran la suerte:
> Vino tu genio, codiciaba palmas,
> Y fué el corcel en que montó la Muerte
> En ese Apocalipsis de las almas.

Otra metáfora; pero enorme, terrible. Comparar al genio de Byron con un corcel y á la Muerte con su respectivo ginete, es más que atrevimiento. Ya en un poeta francés, en Rollinat, había yo leído una figura semejante. El autor de *Les névroses*, en su poesía titulada "Chopin," dice:

> Sur la croupe onduleuse et rebelle des gammes
> Tu fais bondir des airs fauves et tourmentés.

Eso de que Chopin montara sus aires musicales en la grupa de las escalas, es atrevido, atrevidísimo; pero, en francés, y sobre todo en el género de Rollinat, se comprende. En español, la figura equivalente es rayana en lo risible; tanto más cuanto que la Muerte no se contenta con cabalgar en el genio de Byron, sino que cabalgadura y ginete pasan por un Apocalipsis de almas. (?)

Decididamente, en la poesía de Díaz Mirón, como en la de Rollinat, hay algo de *neurótico*. Pero éste, al llamar á la colección de sus versos *Les névroses*, confiesa su estado mórbido. ¿Hace aquél otro tanto?

Sí por cierto. Hé aquí la cuarteta décima quinta:

¿Fuiste un loco?—Tal vez; pero esplendente!
El sentido común, razón menguada,
nunca ha sido ni artista, ni vidente,
ni paladín, ni redentor.... ni nada!

Cuatro versos sonoros, brillantes, valientísimos! Pero, la idea que encierran es verdadera? Nó, que nó! La opinión del poeta sobre el sentido común es falsa, falsísima. Nada sin el sentido común puede comprenderse, y si el arte, la videncia, el valor y la redención, pudieran existir sin él, no serían inmortales, y desaparecerían con el tiempo, como desaparece hasta el recuerdo de los casos patológicos. Todos los artistas, los videntes, los paladines y los redentores que han dejado sus nombres en la Historia, han poseído en grado supremo el sentido común. ¿Qué fueron Molière, Beaumarchais, Diderot, Boileau? ¿Qué eran Balzac, Flaubert, Stendahl? ¿No eran, al mismo tiempo que todo lo que dice el poeta, artistas de un gran sentido común, hasta diré de un gran sentido práctico? Y, sobre todo, Cervantes, el génio por excelencia, ¿acaso no era artista, y vidente, y paladín, y redentor?..... Y, sin embargo, él es en la humanidad, como Sancho Panza, su creación, el representante genuino del sentido común.

Nó, ni á propósito de Byron, puede decirse tamaña falsedad! Tanto más cuanto que, pensando y hablando así, el poeta se aleja de lo real, de lo simple y por consiguiente de lo bello. De ideas como esa nacen géneros literarios enfermizos, que apasionan solamente á unas

cuantas naturalezas inclinadas á la misma enfermedad; pero que no pasan á las generaciones futuras. La musa que inspira esos versos es una demente de mirar extraviado, de cabellera revuelta, de torvo ceño, que corre jadeante y sin dirección fija por los riscos del Parnaso; no es la musa hermosísima y joven y tierna, que se mira en la fuente de Castalia y se ama á sí misma, como Narciso.

Y lo peor del caso es que ese género, por lo mismo que es enfermizo, es contagioso. A Carlos Beaudelaire siguió Mauricio Rollinat; á Diaz Mirón seguirán otros poetas, sobre todo hoy que les dice que no tengan sentido común si quieren ser artistas. Ya un joven de muchas esperanzas, se lanza, á imitación del poeta veracruzano, á la antítesis forzada, y escribe:

Fango y quimera, músculo y anhelo
bregan luchando en desigual pelea.

Lo extravagante es la mancha de aceite que cunde con increíble rapidez, principalmente en el arte!

Pero voy á terminar, y para ser justo diré que, así como he sentido la necesidad de manifestar mi opinión franca sobre los defectos de la oda "A Byron," debo decir que la mayor parte de sus cuartetas están depositadas en el joyero aquel de mi memoria de que hablé al principio de este artículo. No hay defecto que no deba perdonarse al poeta que ha escrito los siguientes versos:

Y tu numen fué entonces un mal hado, (*)
nutrido y lleno de impiedad sangrienta:
para cada fanal tuvo un nublado
y para cada vela una tormenta.

.....

(*) Malhadado *mal hado*!

Afán de emigración jamás extinto
te arrojó sin cesar sobre las naves:
errar de clima en clima es un instinto
en ciertos genios como en ciertas aves!

. . . . . .

Igual al mar por tu doblez extraña,
reflejabas el cielo á que tendías,
y audas y atronador y hecho montaña
te alzabas hasta él y lo escupías.

No envidiabas al piélago sus dones:
tú tenías también ímpetus, brumas,
trombas, brillos, honduras, explosiones,
monstruos, perlas, vorágines y espumas.

MIS VERSOS "A BYRON"

Y UN JUICIO CRITICO DE BRUMMEL

Con verdadera delectación y profunda gratitud, aunque no sin hacer reparos, más por lo que corresponde al elogio que por lo que toca á la censura, he leido en *El Pabellón Nacional*, ilustrado periódico de México, una crítica enderezada á mis estrofas "A Byron," recientemente publicadas, y á cuya humilde cuna asistió por capricho la veleidosa Fortuna, á juzgar por el favor con que han sido acogidas por la prensa del país. En tal crítica he creido reconocer los rasgos de una pluma fina y experta y el númen elegante y ático de uno de nuestros más inspirados y fecundos vates, y si no me he engañado, el refrán de "no hay peor cuña que la del propio palo," ha mentido esta vez como escopeta vieja.

Brummel dice de mí que soy el príncipe de los poetas mexicanos y que hago versos maravillosos;—¡de mí, que soy una oscura individualidad literaria, una sombra perdida en la turba impotente y ávida que clamorea por